

ALEXANDRA KOHAN

**Y SIN
EMBARGO,
EL AMOR**



ELOGIO DE LO INCIERTO

PAIDÓS

ALEXANDRA KOHAN

**Y SIN EMBARGO,
EL AMOR**

Elogio de lo incierto

 PAIDÓS

VII
EROS EN EL MALESTAR DE LA ÉPOCA

Nos arriesgamos a replegarnos sobre una lógica neurótica tranquilizante (pensar el porvenir sólo a partir de los datos del pasado) [...] interpretaremos falsos eventos, nos embriagaremos con dramaturgias vacías destinadas a deslumbrar y crearemos nuevos protocolos para protegernos del estupor.

ANNE DUFOURMANTELLE

Así como el amor o el odio por una persona viven en nuestro pecho al mismo tiempo, así también toda la vida conjuga el deseo de la propia destrucción.

SIGMUND FREUD

La deconstrucción [...] no es ni una filosofía, ni una ciencia, ni un método, ni una doctrina, sino, como digo con frecuencia, lo imposible y lo imposible como lo que acontece [ce qui arrive].

JACQUES DERRIDA

¿Con qué se hace una época?

FLORENCIA ANGILLETTA

Pensar es hacer preguntas. Producir hiatos y escansiones que no están dados, ensanchar la geografía de lo posible y de lo decible ahí donde parece que no hay espacio, que todo está clausurado, que sólo resta “hacer lo que corresponde”, que “no hay alternativa”. Hacer preguntas, entonces, cobra la forma de un acto: se *hacen* preguntas, no están hechas, no vienen preformateadas. No es solamente un ejercicio retórico, no se trata de un mero devaneo intelectual ni de un supuesto autoerotismo: pensar es separar, puntualizar, precisar, desviar, equivocar sentidos que parecían fijos y coagulados. Me resisto a esa dicotomía antiintelectualista entre el pensar y el hacer, toda vez que considero que pensar es ya un hacer. Y si ese pensar es público y con otros, queda claro su sesgo político. Pensar en la escena pública es un acto político. Pensar es, también, o sobre todo, hacer preguntas y precisar las condiciones de una forma de disponer las piezas de una escena que se precipita de modo inesperado y rotundo. Se trata, como señala Jinkis, de cierta disposición a la contingencia.¹ Se trata también, en

1. Jorge Jinkis, *El anacronismo interminable*, ob. cit., p. 206.

ese ejercicio, no sólo de no temer a las tensiones y a las paradojas, sino de leerlas, es decir, de ponerlas a funcionar allí donde son una potente usina de sentidos nuevos, en el extremo opuesto de los sentidos dados. Si la *doxa*, tal como rastrea Barbara Cassin,² porta en su sentido original “lo que se espera”, la paradoja surge *contra toda expectativa*, contra todo lo esperable. ¿Y no es acaso esa, una vez más, la forma de la ocurrencia, la forma de lo que irrumpe y sorprende, de lo que diluye un sentido que se repite como una cantinella, como un mantra que adormece? ¿No es acaso esa la forma en que el saber puede empezar a agujerearse para dejar de ser asfixiante? Otra vez, el procedimiento del chiste nos permite leer este sesgo, porque “el chiste pretende alcanzar la verdad sobre el saber, agujereándolo”.³ Pensar es ir en contra de toda expectativa, incluidas las expectativas de decir lo que sabemos que es “bueno” decir. Ir en contra de las expectativas no es ser “políticamente incorrecto” –el reverso de lo políticamente correcto–, sino no dejarse tomar por lo seguro, por lo que sabemos “que *hay que* decir”; es arriesgar algo de sí, no sin incomodidad. Porque, como sostiene Florencia Angilletta, “apoyar lo bueno y condenar lo malo nunca es un acto político; la

2. Barbara Cassin, *Jacques el sofista*, ob. cit., p. 19.

3. Jorge Jinkis, *El anacronismo interminable*, ob. cit., p. 274.

política comienza cuando se hace cargo de los conflictos y de las decisiones que supone”.⁴ Por eso, pensar es un acto político, pero sólo en la medida en que aloje la otredad, porque “es recibir al originariamente otro en sí mismo”.⁵ Pensar es atravesar un riesgo y ese riesgo es la marca de la vitalidad de un pensamiento que es acto. Y es un acto que está en las antípodas de la pedagogía: no enseña; a lo sumo transmitiré, o no, algo; escandirá una experiencia, la experiencia del pensamiento. Pensar es lo opuesto a estar aturdido de sentidos, de respuestas a preguntas que nunca se formularon. En una época, como dijimos, en la que se tiende a reasegurar todo y en la que se extirpa de cuajo cualquier vacilación, cualquier angustia, pensar, tomar la palabra y asumir las consecuencias de los efectos de esa palabra constituyen una ética que se opone a los moralismos adormecedores de quienes asumen una posición que no arriesga nada de sí. Me gusta mucho la idea de fragilidad que hoy en día –¿o acaso siempre?–, como dice Allouch,⁶ tiene mala prensa. A los discursos del empoderamiento convendría

4. Florencia Angilletta, *El feminismo no existe. ¿Qué hace la política con lo que los feminismos hacen de ella? Cinco hipótesis*, Buenos Aires, Capital Intelectual (en prensa).

5. Anne Dufourmantelle, *En caso de amor*, ob. cit., p. 172.

6. Jean Allouch, “Fragilidades del análisis”, *Me Cayó el Veinte. Revista de Psicoanálisis*, año 15, n^o 29, México, 2014.

oponerles la posibilidad de habitar nuestras fragilidades, esas que nos dejan espacio para inquietarnos, angustiarnos, incomodarnos, porque no hay deseo sin angustia, sin inquietud, sin incomodidad. Pero, además, también nos dejan espacio para el amor, ese que no se puede adjetivar, ni clasificar, ni institucionalizar, ni educar, ni aprender. Ese amor que no se puede domesticar, ni censurar, ni patologizar; ese amor que insiste intratable, intempestivo, discontinuo. ¿En qué momento pasamos de visibilizar violencias a erigirnos en sabedores del cuerpo de los otros y en usinas productoras de moralismos y prescripciones alrededor del amor y del deseo? ¿Desde qué clase de púlpito se dictan estas nuevas normas de la asepsia amorosa? ¿Cómo es que se pretende legislar sobre Eros? Si seguimos a Foucault, habría disyunción entre los dos elementos, ya que “él proponía que nada de lo erótico fuera objeto de una legislación. Sólo la violencia es condenable. ¿No podríamos atenernos a eso? ¿Deberemos de ahora en adelante someter lo erótico a esta tendencia moderna de querer pesarlo todo y evaluar y controlar todo?”, se pregunta Allouch.⁷ Pareciera que ya no se puede hablar de amor –me refiero a la esfera pública– sin que se suponga la violencia en el

7. Jean Allouch, “¿Una nueva erótica?”; disponible en: <www.jeanallouch.com/pdf/332>.

horizonte. ¿Por qué razón se homologa tan a menudo, y tan sin Michel Foucault, el abuso de poder con la relación de poder, si toda relación es una relación de poder y no en todas se cometen abusos? ¿Por qué se supone, tan sin Michel Foucault, que lo otro del poder es una paridad de estabilidad y simetrías absolutas (cosa sumamente improbable) y no una resistencia, no un contrapoder, si el poder no es una cosa que el otro tenga y uno no? ¿Por qué se pretende, tan sin Michel Foucault, una escena sin poder?

Si pensar es formular preguntas, pocas personas están pensando tan precisamente como lo hace Florencia Angilletta: “¿Qué pasa cuando lo instituyente es instituido? [...] La institucionalización del feminismo, que acontece cuando aquello instituyente pasa a ser instituido, conforma la paradoja de todas las instituciones [...]. Entonces, ¿qué de los feminismos no entra en el ‘ministerio’ del feminismo? ¿Qué hace o puede hacer la política con eso? ¿El Estado puede ser feminista? ¿De qué maneras se conjugan las luchas con las acciones gubernamentales?”⁸, son algunas de las lúcidas preguntas que suele formular. ¿Qué pasa cuando se vuelve oficial cierto discurso nacido en la resistencia a lo instituido?

8. Florencia Angilletta, *El feminismo no existe*, ob. cit.

El 14 de febrero de 2020, el Día de los Enamorados, desde el Estado se enviaron mensajes de advertencia. Desde la cuenta de Twitter del recientemente inaugurado Ministerio de las Mujeres, Géneros y Diversidad, se emitieron dos mensajes ese día: “¡Aguante el amor en todas sus formas reales! El de los abrazos, el de un mate calentito, el de un beso largo y el de uno apurado, el de la última galletita, el de la risa y el de bancar y estar. Aguante amar y amarse un montón” y, seguido a ese, “Y si hay un ‘amor’ que te hace sentir menos o inútil, que ‘te vuelve locx’, que te condiciona y no te deja ser quien sos, que siempre te hace sentir en falta o que te agrede, lastima y maltrata, no es amor. El amor de verdad, *siempre, te hace bien*. Feliz día del ‘emoji de corazón verde’”.⁹ El problema no es que el Estado sostenga estos discursos *new age*, pueriles y tendientes a un absoluto; el problema es qué políticas se van a diseñar en base a esos discursos. Suponer, además, que se puede advertir a alguien acerca del amor, de lo que es un “amor real”, es erigirse en un lugar paternalista, pedagogo y moralista, posición habitual en los que pretenden encauzarnos, encarrilarnos en la senda del Bien. ¿Por qué se “aprovecha” el

9. Ministerio de las Mujeres, Géneros y Diversidad, tuits disponibles en: <twitter.com/MinGenerosAR/status/1228338945139892224?s=20>, 14-2-2020; el subrayado es mío.

Día de los Enamorados para hablar de violencia? ¿Es que ya no puede haber campañas contra la violencia sin violentar los discursos acerca del amor? Se desprende además, de esos mensajes, la concepción de un sujeto pasivo e infantilizado, un poco tonto, al que sólo le falta información. Como señaló atinadamente en un tuit al otro día, el 15 de febrero de 2020, Julián Doberti, “Hay una cierta creencia en que los conflictos subjetivos se resuelven con un diccionario: explicando qué es y qué no es un ‘amor sano’, una ‘relación tóxica’, etc. Como si el sufrimiento fuera una suerte de analfabetismo. Esa premisa sostiene una violencia todavía invisibilizada”. No sólo se concibe un sujeto analfabeto sino que, en nombre de eso, se sostiene una violencia. Decir qué es y qué no es amor no tiene nada que ver con visibilizar violencias. Es replicar ese sujeto de los discursos de autoayuda, ese sujeto de la voluntad que debe ser reeducado y evangelizado. Evidentemente, como dijo alguna vez Carina González Monier, “la causa de la época es que alguien tiene que ser responsable por mi dolor”. Nada de eso tiene que ver ni con la visibilización ni con la emancipación.

¿Qué clase de demandas estamos articulando y a quiénes se las estamos dirigiendo? Me parece fundamental precisar qué estamos pidiendo y a quiénes. ¿No estamos acaso pidiéndoles a los otros que respondan como un Otro garante, sin agujeros, erigidos en el lugar de un padre protector? ¿No es acaso un gesto

que hace sólido y consistente a un Otro poderoso? ¿No le estamos delegando todo el poder a un otro para que responda por nuestro dolor? ¿Podemos pensar que ese dolor, porque es dolor de existir, va a retornar intacto allí donde pretendemos eliminarlo de cuajo endilgándoselo al otro? ¿Estamos advirtiendo que ese gesto nos deja en un lugar infantilizado, pasivo y victimizado? ¿Qué tipo de agenciamientos estamos intentando para no quedar coagulados en el lugar de víctimas ante un otro todopoderoso y protector? Efectivamente, como dice Florencia Angilletta, se trata de que “la vida democrática, como tal, precisa diferenciar entre delito y daño. Los delitos de acoso, abuso y violación que sufren muchas mujeres en los ámbitos público y privado son distintos del daño –incluso del daño ‘patriarcal’– que muchas veces también persiste en nuestros vínculos. Si todo es delito, nada es delito. Las relaciones siempre son conflictivas. Los feminismos buscan transformar las relaciones pero nunca abolir los conflictos porque, como señala Judith Butler, la vulnerabilidad es constitutiva de estar vivos”.¹⁰

Una cosa es que estemos intentando visibilizar violencias, repensar nuevos modos de relacionarnos, problematizar, tensionar cada una de las cuestiones que conciernen a las complejidades, opacidades y

10. Florencia Angilletta, *El feminismo no existe*, ob. cit.

dificultades de los lazos y otra, muy distinta, es pretender escribir un protocolo de conductas tendientes a pedagogizar. Así, “responsabilidad afectiva”, “consentimiento”, “si duele, no es amor”, “empatía”, “amor propio” y otros “conceptos” intentan delimitar un otro temible del que hay que cuidarse. Concretizan, además, nuestros miedos y fantasías en un otro peligroso delimitado, señalado, hasta hacer de la otredad un enemigo. Una de las cosas que comparten todos estos estereotipos es que suponen que el daño siempre lo produce el otro; son protocolos que funcionan siempre y cuando el otro los cumpla, son demandas al otro. Raramente alguien se percibe a sí mismo haciendo daño, odiando, siendo cruel; raramente alguien se percibe a sí mismo vacilante y atravesado por contradicciones; raramente alguien se percibe a sí mismo peligroso. Como señala Angilletta, “podemos responder que la razón punitivista opera como un modo de producción de subjetividades: personas a las que hay que temer, condenar, expulsar de la ciudadanía, y personas a las que hay que cuidar, proteger o retar si no cumplen con las pautas, y hasta paternalizar o infantilizar”.¹¹ Por otra parte, no se distingue que el daño que alguien puede sentir no necesariamente fue infligido por el otro con intención, seguro de sí, un otro que siempre sabe lo que hace y hace lo que

11. Ídem.

quiere. Todas estas suposiciones están en el lugar de no querer enterarse de que el otro tampoco es garante de nada. Suponer que el otro sabe que está haciendo daño invisibiliza al otro en el sentido de que el otro quizás tenga sus zozobras, sus vacilaciones. No significa que se lo tenga que justificar; significa que el otro no siempre es consciente de lo que hace y eso a veces no se tiene en cuenta. Todo se quiere dirimir como si fuera voluntario, al otro no se le permite nada. Tiene que atenerse a mis reglas, a lo que yo dictamino y, si no, viene la sanción. Revisemos, analicemos, visibilicemos, pero no seamos pedagogos del amor porque eso es lo contrario a la emancipación. Virginia Cano dice: “No puedo imaginar –y tampoco quiero– un amor sin dolores. Pienso que no sirve, que no nos facilita ni nos prepara para una de las cosas más lindas de amar: abismarse a unx otrx, perderse de unx mismx justamente allí donde lxs otrxs no son plenamente calculables. A veces incluso perder un poco de sí. Apostar a un amor sin dolores no nos permite crear herramientas y pócimas para habitar la posibilidad de lo inesperado, lo que incomoda, desafía, molesta, interrumpe e incluso duele [...]. Ojalá seamos capaces de acompañarnos en los dolores más allá de la lógica de la culpa y la victimización. Quiero ser capaz de acompañar el dolor sin buscar culpables”.¹²

12. Conversatorio “Si duele ¿no es amor?”, ob. cit.

El problema es suponer que se podría construir un mundo con garantías, que con información y pedagogía alcanza. No digo que no sean necesarias, pero desconocer que el deseo no puede deconstruirse, que el deseo no es algo asible y pasible de ser rectificado, educado, modelado, rehabilitado es errar por mucho las acciones tendientes a la emancipación. Porque el amo puede pretender disciplinar muchas cosas, como dice Lacan, sobre todo lo referente al dominio de los hábitos, que es el dominio del Yo, pero cuando se trata del deseo es otra cosa, el deseo está más allá de cualquier dominio del Yo. ¿Qué se pretende, entonces, sosteniendo consignas acerca de lo que es y de lo que no es el amor? ¿Sobre qué y sobre quiénes recaen tanta vigilancia y protocolización de las relaciones por parte de los pares? Para Christian Ferrer, los protocolos “tienen una única misión: matar el deseo. Se lo condena [...] a un medio juego eterno en el centro del campo que les resta a los jugadores toda ‘alegría erótica’ –si puedo decirlo así–, tanto como entre los niños existe la alegría lúdica”. Sostiene que siempre hubo protocolos, pero que lo nuevo en este momento es que “implican un disciplinamiento de lenguajes y actos que va de pares a pares”. Mientras que antes, “la dirección de la fiscalización moral de las conductas descendía desde los adultos hacia los jóvenes. Fiscalizaban: los padres, las maestras, los preceptores, la directora del establecimiento, la inspectora del Ministerio

de Educación, los vecinos, los parientes, el sacerdote [...]. La energía vital y sexual de la juventud les resultaba 'un problema'. Pero ahora las que disciplinan a las mujeres jóvenes con respecto a cómo deben sentir, vincularse o gozar son otras mujeres de su misma edad que se han autoasumido como gendarmes de la moral 'correcta'. Por otra parte, destaca que nunca antes como ahora se alcanzó un estatuto de regulación jurídica que resultara tan hostil al inicio de la vida afectiva, "que siempre es un poco torpe e indiciario, que además es sin garantías –por más que muchas y muchos pretendan decretos de 'garantías constitucionales' para el acercamiento amoroso–. Eso es imposible".¹³ Es en esa misma línea que Florencia Angilletta se pregunta: "¿Puede ser el código penal la nueva educación sentimental de una generación?".¹⁴ Se trata, efectivamente, de problematizar, de interrogar el punitivismo que acecha y no sólo a cierto sector de los feminismos.

En este contexto, también la noción de *consentimiento* requiere precisar, entonces, de qué sujeto estamos hablando, dado que se superponen el sujeto

13. Estas ideas, que fueron parte de un intercambio privado, fueron cedidas por Christian Ferrer. Agradezco su generosidad habitual.

14. Florencia Angilletta, *El feminismo no existe*, ob. cit.

jurídico con el sujeto del inconsciente. Varios autores coinciden en que el que da el consentimiento es el Yo. Pero el Yo no es el sujeto. Es por eso que Judith Butler,¹⁵ para problematizar el consentimiento sexual, empieza por la escena analítica como paradigmática de ese consentimiento que se torna dificultoso y complejo. No es casual que haga uso de esa escena que, como dijimos, también es una experiencia erótica. Y la transferencia, como he señalado antes, no es sino una experiencia amorosa tan verdadera como las demás. La escena analítica conlleva un consentimiento, sugiere Butler, con esa escena erótica y con el psicoanálisis mismo, pero subraya que eso no significa que se sepa por adelantado a qué se ha consentido. Resulta imposible, justamente, anticipar a qué se ha consentido cuando el encuentro analítico, al igual que el amoroso, es contingente e imposible de conocer de antemano. Butler también complejiza la cuestión del consentimiento cuando sugiere que el Yo que consiente no se va a mantener igual a lo largo del análisis. No es estable, no es autónomo, no es agente de sí mismo, no es el individuo. Por su parte, Jean Allouch también compara

15. Judith Butler, "Sexual Consent: Some Thoughts on Psychoanalysis and Law", *Columbia Journal of Gender & Law*, vol. 21, nº 2, Laura Contrera, Florencia Gasparin, Lucas Morgan y Nayla Vacarezza (trads.), 2011.

ambas escenas y sugiere que, al igual que el ejercicio erótico, “también el ejercicio analítico abandona el dominio. Se invita al analizante a que renuncie a una posición en la que se querría o en la que sería amo de su palabra [...]. Lapsus, síntoma, sueños le han advertido que su palabra no está totalmente bajo su control”.¹⁶ Además, dice, “deja perplejo el poco cuidado que se le presta [a la palabra ‘consentimiento’] y muy especialmente cuando se la toma del ámbito estrecho de un pensamiento binario, sí/no: un ‘no’ que sería un ‘no’ y un ‘sí’ que sería un ‘sí’. Se pretende saber exactamente a qué se consiente”.

Del mismo modo, Eva Illouz, en *Erotismo de autoayuda*,¹⁷ sugiere que el consenso “siempre es parcial, porque al iniciar una relación sexual o romántica uno nunca conoce plenamente toda la gama de sentimientos y de comportamientos que ha aceptado. [...] en ese sentido es siempre ilusorio. Es un consentimiento a algo que nunca podemos conocer y aceptar del todo por anticipado”. En las antípodas de esta incertidumbre, la autora ubica el BDSM (*Bondage*, disciplina, dominación, sumisión y sadomasoquismo) como una “brillante solución de fantasía al

16. Jean Allouch, “¿Una nueva erótica?”, ob. cit.

17. Eva Illouz, *Erotismo de autoayuda. Cincuenta sombras de Grey y el nuevo orden romántico*, Buenos Aires, Katz Editores, 2014.

problema de la volatilidad de las relaciones románticas, justamente porque es un ritual inmanente basado en una definición hedonista del sujeto, que ofrece la certidumbre acerca de los roles, el dolor, el control del dolor y los límites del consentimiento”. La autora refiere, además, que “cuando no podemos basar la certeza y la orientación en reglas, normas o una moralidad, el BDSM y la autoayuda se convierten en sustitutos inmanentes”. En las prácticas sadomaso no hay ansiedad ni hay incertidumbre, pero tampoco cabe la pregunta por cuánto desea alguien al otro. En ese sentido, el sujeto de la autoayuda y el de las prácticas BDSM es el mismo: un sujeto de la voluntad, un sujeto consciente de lo que hace. Y, correlativamente, un otro que sabe lo que hace. Pero suponer, por fuera de estas prácticas, que el otro sabe lo que hace y que hace lo que quiere es peligroso, porque se construye un otro con mucho poder. Se sostiene a un otro que sabe, que puede, que decide, que es libre, que no vacila. Es una noción que pretende que el otro se “autoafirme”. Se le pide al otro algo así como “decime lo que querés sin vueltas”. ¿Cómo podría alguien saber lo que quiere? ¿Y sin vueltas? ¿Cómo podría alguien saber lo que quiere antes del encuentro con otro? Hay mediaciones entre lo que uno dice que quiere en el plano consciente y lo que después hace con eso. Esto es lo que descubre Freud y que cambió el modo de pensar en Occidente. La voluntad freudiana está corrida; no es

la voluntad del “yo quiero”, es la de la pulsión: uno no siempre tiende a su propio bien. Marcelo Percia dice del deseo que “nunca se presenta simplificado, que es una especie de galaxia. Por momentos aterriza, acaricia, demanda, empuja no se sabe dónde, es irrefrenable, da curiosidad, miedo, permite aprender, conocer; depende de cómo se conjuga. Se conjuga con otras galaxias deseantes”. En ese sentido, dice que “el consentimiento es un equívoco y es peligroso, porque lo que puede ser un ‘sí’ puede ser un ‘no sé, me da miedo, mejor no’. Es provisorio, efímero, como el deseo. No alcanza con esas afirmaciones”.¹⁸ Marta Lamas también se refiere a la relación entre incertidumbre y sexualidad, entre sexualidad y molestia, y entre sexualidad y desencanto, y coincide con Katie Roiphe cuando señala que “la obsesión por el consentimiento y por las reglas sexuales expresa una fe utópica en la posibilidad de crear un mundo sexualmente seguro cuando la sexualidad es todo menos segura”.¹⁹ ¿Cuál es, entonces, la alternativa ética a la práctica regulatoria sobre el Eros? Para Foucault, en la discusión que hubo en Francia acerca del consentimiento, la alternativa es escuchar.

18. “Episodio 10: Marcelo Percia”; *podcast* disponible en: <marencoche.wordpress.com/2019/05/09/episodio-10-marcelo-percia>.

19. Marta Lamas, *Acoso. ¿Denuncia legítima o victimización?*, FCE, México, 2018.

Y escuchar es no asumir una posición paternalista, es no hablar por otros, es no infantilizar a las víctimas; escuchar es estar dispuestos a que el otro no sepa anticipadamente lo que quiere, lo que siente, lo que piensa. Si se trata de encontrar vías emancipatorias, esas vías no podrían sino ser singulares. Y singulares no es individuales. Mientras que las certezas masivas ofrecen sentidos y respuestas a preguntas que ni siquiera han sido formuladas, las emancipaciones singulares implican formular preguntas que no siempre tienen respuesta y, cuando la tienen, no son respuestas para-todos. Frente a la necesidad de certezas y de una vida con garantías, lo que el psicoanálisis viene a enseñar es que no hay saber del otro que garantice y que no hay posibilidad de una certeza anticipada. Pero es ahí, precisamente, que se puede empezar a pensar esa emancipación singular: aquella que se sostiene, frágilmente, cada vez, en los pliegues de lo incierto, en la libertad –escasa– que posibilita el equívoco, el malentendido, la caída del otro garante; es ahí por donde se abre un espacio para que el deseo pueda empezar a respirar. Creo que habitar la fragilidad es mucho más emancipatorio que pretenderse empoderado.

En la época en que se le pide al otro que sepa, que tenga responsabilidad afectiva, que se “haga cargo”, habría que volver a cantar “Sólo sé que yo no sé/ cuidarte de mi amor”, los versos escritos por Fito Páez.

Que la visibilización de las distintas violencias, tan necesaria en este tiempo, no se lleve puesto el deseo, que no pretenda que se puede subsumir el deseo en valores morales. Que la visibilización de las distintas violencias, tan necesaria en este tiempo, no arrase con la posibilidad de que las mujeres puedan ser sujetos activos en lo que a elecciones amorosas se refiere. Que la visibilización de las distintas violencias, tan necesaria en este tiempo, no haga que veamos violencia en todos lados, porque eso sería debilitar la potencia del gesto. Que las luchas declaradamente emancipatorias no arrasen con la singularidad del deseo; soportemos que las emancipaciones sean singulares –lo que no significa una salida individual–; no agobemos la inquietud que suscita la otredad como tal, la del deseo. Intentemos no sostenernos en posiciones paternalistas, tratemos de no erigir discursos moralistas, procuremos dejar de prescribir conductas en lo que a las relaciones y al deseo se refiere; en definitiva: no confundamos cuidado con vigilancia.